En fin, no se debe olvidar el argumento célebre que se saca de la comparacion. Nuestros pensamientos son muy diversos entre sí, nuestros sentimientos varían sin cesar, y nada hay mas mudable que nuestras resoluciones. Sin embargo, todos estos pensamientos de cualquier parte que vengan; todos estos sentimientos, cualesquiera que sea su tendencia y grado; todas estas resoluciones, cualesquiera que sea su sentido, se reunen como en un centro comun en que están apreciadas sus semejanzas y diferencias. Hay un sér que los compara, que prefiere este sentimiento al otro, que apercibe los caracteres distintivos del sentimiento y del pensamiento. ¿No es preciso que este sér sea simple? Si es múltiple, en efecto, una parte de sí mismo probará el sentimiento, mientras que la otra se ocupará del pensamiento; y ¿cómo seria posible la comparacion, perteneciendo enteramente á aquel uno de los dos *yo*, y otro enteramente á este? Habria necesidad de un tercer *yo*, capaz de reunir lo que está dividido entre los dos anteriores. A su vez, éste sería compuesto ó simple; si era compuesto, tambien volvia la dificultad. A fuerza de ir retirando esta dificultad sin quitarla, seria necesario llegar á suponerlo simple.

Sobre estos dos últimrs puntos, así como sobre la distincion del alma y del cuerpo, me ocuparé en las Adiciones á la Moral.

IDEOLOGIA PURA

DEL

PRESB. D. JAIME BALMES (1).

Diferencia entre las sensaciones y las ideas.

En la conciencia del hombre hay algo mas que sensaciones: esta no es cuestion de discursos sino de hechos; Condillac, al asentar que todas nuestras ideas son sensaciones transformadas, se pone en abierta contradiccion con la mas incontestable experiencia.

Segun la doctrina sensualista no se puede encontrar en nuestras ideas otra cosa que sensaciones; veamos lo que nos enseña la observacion, y empecemos por lo mas simple.

La idea de un triángulo no es su representacion

(1). Aunque en la advertencia de la pág. 31 habia indicado que á la Psicología de M. Geruzez, seguiría la Ideologia de M. Desttut-de-Tracy; sin embargo, he preferido bajo todos aspectos la que encabeza este tratado.—El Traductor.

sensible, ó aquella imágen interior por medio de la cual nos parece que estamos viendo la figura.

La idea del triángulo es una, necesaria, constante, la misma para todos; su representacion sensible es múltipla, contingente, mudable; luego la idea y su imágen sensible son esencialmente distintas.

La unidad de la idea del triángulo consta de la geometría: las demostraciones que versan sobre él, se refieren á una misma cosa; en hablando del triángulo en general, se sabe de qué se trata, no puede haber equivocacion. No hay varias geometrías sino una. La necesidad de las propiedades del triángulo es preciso reconocerla, so pena de luchar con la evidencia y destruir la geometría. La constancia y la identidad para todos, resulta de la unidad y necesidad. Lo uno no puede ser vario; lo necesario no se muda. Todos los geómetras se entienden perfectamente al hablar del triángulo en general, y no necesitan explicarse unos á otros cuál es la figura triangular que tienen en su interior, ni las mudanzas que esta experimenta.

Nada de esto se halla en la imágen sensible. Concentrémonos dentro de nosotros, y notaremos que al pensar en el triángulo flotan en nuestra fantasía figuras triangulares de varias formas y tamaños. Si queremos imaginarnos el triángulo en general, nos es imposible: pues que por necesidad se nos presenta de cierto tamaño, grande ó pequeño; de una especie determinada, como rectángulo, oblicuángulo, acutángulo, obtusángulo, equilátero, isósceles ó escaleno. Estas propiedades particulares no pueden ser eliminadas todas de la figura imaginada, cual seria menester para lo idea general; ni tampoco pueden ser reunidas; primero, porque esto destruiria la generalidad de la idea; segundo, porque de ellas algunas son contradictorias. Si el tamaño de los lados es de

seis pulgadas, no puede ser al mismo tiempo de ocho; si todos los ángulos son agudos, no puede haber uno recto.

Considerada la representacion imaginaria en diferentes sujetos, todavía crece la multiplicidad y variedad. Luego no hay en ella ni unidad, ni necesidad, ni constancia, ni identidad para todos. Luego es esencialmente distinta de la idea.

A primera vista nada tan sencillo como el decir que la idea es la imágen; pero en realidad esto es contrario al mismo sentido comun. Dos niños de pocos años que aprendan los rudimentos de geemetría, tendrán representaciones triangulares diversas en el acto de una demostracion Supóngase que lo expresan así, y que en seguida se les exige que la demostracion general la subordinen á la diversidad imaginaria, ¿qué responderán? No sabrán analizar el hecho ideológico, pero dirán: "esto es otra cosa, se habla del triángulo en general, nada tienen que ver los triángulos en que estamos pensando:" lo cual demuestra, que si no hay acto reflejo para distinguir entre la imágen y la idea, hay la intuicion directa de la diversidad de las mismas.

Es evidente que tenemos idea de un polígono de mil lados, pues que conocemos y demostramos sus propiedades, pero su imaginacion es de todo punto imposible.

Tenemos idea clara y distinta de un polígono en general, y nadie es capaz de imaginarle, sin que se le ofrezca uno de tal ó cual especie, y por tanto no general. Lo mismo se puede decir de todas las figuras, volúmenes y de cuanto cae bajo la jurisdiccion de la geometría.

Nadie dudará que poseemos la idea del número, á no ser que se dude tambien de la existencia de la

aritmética; y aquí encontramos otro fundamento de la misma diferencia que estamos consignando.

¿Cuál sería la imágen sensible de un número en general? ¿Será un conjunto en confuso? Entonces serán tantas las ideas cuantos sean los conjuntos. ¿Será la misma palabra número? A esto se opone el que al hablar del número no se trata de la palabra sino de la cosa: ¿quién no se reiria del que explicase la idea, diciendo que es la voz *número?* Todos los pueblos entienden una misma cosa, no obstante que cada cual lo expresa con la palabra de su lengua respectiva. La misma observacion se puede aplicar á los números particulares: dos, tres, etc.: los signos son diversos en los varios idiomas, la idea es la misma. Aun entre nosotros la idea se expresa de dos modos: 2, dos; 3, tres; etc., etc., etc.; y ¿quién dirá que hay variedad de ideas? Un hombre que supiese mil lenguas podria representarse los números bajo mil palabras diferentes; pero estos permanecerian inmutables. Los signos envuelven la idea; sirven para fijarla en la memoria, mas no son la idea misma; son una corteza grosera que cubre un diamante.

Las ideas de sér, sustancia, relacion, causa, las de bien, mal, virtud, vicio, justicia, injusticia, ciencia, ignorancia, ¿cómo se representan sensiblemente? Los emblemas de los poetas y pintores ¿se tomarán acaso por verdaderas ideas?

Con el sistema sensualista no se pueden explicar los actos mas comunes del entendimiento, ni aun los que versan sobre las sensaciones mismas. Si no hay en nosotros mas que sensaciones, la comparacion es imposible. En este acto dirigimos simultáneamente la atencion hácia dos objetos: si comparar es sentir, la comparacion no será mas que una sensacion doble, lo que destruye la idea de comparacion. Siento el olor de rosa y el de clavel: en esta sensacion doble

no hay comparacion, solo tiene lugar cuando cotejo las dos sensaciones entre sí para apreciar sus semejanzas ó diferencias. La comparacion es un acto simple, esencialmente distinto de la sensacion doble: está entre las dos, ó mas bien sobre las dos; es su juez, no su resultado.

La reflexion sobre una sensacion es el acto con que pensamos en ella: siento un dolor, hé aquí la sensacion; pienso en él, hé aquí la reflexion. Esta no puede ser la sensacion misma; el sentir no es reflexivo, de lo contrario en toda sensacion habria reflexion.

El juicio sobre las sensaciones no puede explicarse por ellas solas: no se juzga sin comparar el predicado con el sujeto; y ya hemos visto que la comparacion es imposible en no admitiendo algo distinto de la sensacion.

Así, el sistema de Condillac contradice por una parte á la mas clara experiencia, y por otra destruye la razon misma. El hombre con sensaciones solas, no es hombre; pierde el carácter racional y desciende á la condicion de los brutos.

Hay pues en nosotros un órden de fenómenos muy superiores á los sensibles; hay ideas puras, hay entendimiento puro; y la estética, ó sea la ciencia que se ocupa de los fenómenos sensibles, es esencialmente distinta de la ideologia propiamente dicha, que llamo *ideología pura*, porque tiene por objeto el órden intelectual puro. (V. *Filosofia fundamental*, lib. II, cap. I, II y III.)

El espacio.

Hemos visto que las sensaciones representativas de objetos y tambien la ciencia geométrica, tienen por base la idea de extension. Esta, considerada con abstraccion de todas las propiedades especiales con que se nos ofrece en los cuerpos, y tomada en sus tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad, constituye la idea de espacio. Se ha dicho tambien (*Estética*, cap. XII), que la extension en los objetos es una propiedad real; y en nosotros, una idea en cuyo análisis hallamos la multiplicidad y continuidad, sin que nos sea posible dar ulteriores explicaciones para definir la naturaleza de la continuidad misma. Pero estos límites que hemos reconocido á la ciencia no deben impedirnos el tratar la cuestion del espacio, la que, aun cuando no fuera importante bajo varios aspectos, es muy notable por su profunda oscuridad y por las aparentes contradicciones que ofrece.

Al entrar en el exámen de las ideas corresponde el primer lugar á la del espacio; no porque sea la mas noble, sino porque siendo la base de las sensaciones representativas, se halla por decirlo así en los confines de la estética, y de la ideología pura.

Se entiende vulgarmente por espacio la capacidad en que están colocados los cuerpos. Si se supone quitado tado lo que hay dentro de nn vaso, aun concebimos su capacidad con las dimensiones limitadas por las paredes del mismo; si con la imaginacion reducimos á la nada todos los cuerpos sólidos y fluidos, sensibles é insensibles, todavía concebimos las dimensiones del lugar en que están colocados. Esa

capacidad, ese conjunto de dimensiones vacías es lo que llamamos espacio.

Unn extension puramente vacía parece que encierra ideas contradictorias; no es sustancia, porque no puede serlo una receptividad donde no hay nada; no es una propiedad, porque no se concibe extension sin cosa extensa.

Todovía es mas repugnante un espacio que sea nada; y en el que haya verdaderas dimensiones: la nada no tiene ninguna propiedad. Dos cuerpos colocados en diferentes puntos del vacío, distarian entre sí realmente si el espacio tuviese verdaderas dimensiones. ¿Cómo puede fundarse una distancia real en un puro nada? ¿No es esto afirmar y negar á un mismo tiempo?

Un espacio real y distinto de los cuerpos, es un vano juego de la fantasía. Nada prueba en su favor el que nosotros lo concibamos así: este concepto es ilusorio, no puede sufrir el exámen de la razon; si por él hubiésemos de juzgar, deberíamos admitir un espacio eterno, infinito, indestructible; eterno porque antes de la existencia del mundo concebimos el espacio; infinito porque mas allá de los límites del universo le imaginamos tambien; indestructible porque con ningun esfuerzo aniquilado podemos lograr que desaparezca.

¿Qué será pues? El espacio en las cosas, es la misma extension de los cuerpos; su idea es la idea de la extension en general. Con lo primero se salva la realidad del espacio; con lo segundo, se explica por qué le concebimos eterno, infinito, indestructible. Como la base de las representaciones sensibles es la extension, y todos nuestros conceptos andan mas ó menos acompañodos de representaciones sensibles, la idea de extension es permanente en nuestro espíritu: nos ofrece un objeto eterno porque la concebimos

prescindiendo del tiempo; infinito porque hacemos abstraccion de todo límite; indestructible porque no podemos despojarnos de la intuicion que sirve de base á las representaciones de la sensibilidad.

De esto se infiere, que donde no hay cuerpos no hay distancias, y que el vacío propiamente tal es imposible, porque encierra una idea contradictoria, una dimension nada, una realidad negativa, un ser y no ser á un mismo tiempo.

Semejante doctrina no está en contradiccion con las ciencias físicas; Descartes y Leibnitz, que las poseian profundamente, creyeron imposible el vacío. Las ciencias físicas deben limitarse á la observacion de los fenómenos y á la determinacion de las leyes que los rigen; para esto tienen dos luces: la experiencia y el cálculo; ambas cosas prescinden de la íntima naturaleza de los objetos, cuyo exámen reservan á la filosofía trascendental. Por ejemplo, la experiencia enseña que los cuerpos se atraen en razon directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias. Las atribuciones del físico son: primera, asegurarse con certeza del fenómeno de la atraccion; segunda, formular las leyes de la misma sometiéndolas á riguroso cálculo en cuanto lo consiente la experiencia. Si despues se le pregunta qué es la atraccion en sí misma, cual es la íntima naturaleza de los cuerpos prescindiendo de los fenómenos; qué es el movimiento cuya direccion y velocidad se calculan; y si atendida la ciencia de las cosas seria absolutamente imposible otro órden diverso del actual; estas cuestiones no le pertenecen; corresponden á la metafísica; y sea cual fuere la opinion que sobre ellas se adopte, no se alteran los resultados fenomenales que la experiencia y el cálculo enseñan al astrónomo.

De estos sacaremos la exacta nocion del movimiento. Considerado trascendentalmente, es la alteracion de las relaciones entre los objetos extensos. Un cuerpo solo en el mundo, moviéndose, es un concepto imaginario: no hay relaciones cuando no hay extremos referibles; no habria pues movimiento no habiendo mas que un cuerpo, y por consiguiente faltando los puntos de comparacion.

Un cuerpo traspasando los límites del universo y moviéndose por un espacio completamente vacío, es una imaginacion vana. Los espacios imaginarios no son nada en la realidad; todo cuanto decimos de ellos ó con relacion á ellos, no puede sufrir el exámen de la razon. (V. *Filosofía fundamental*, lib. III.)

En la idea del espacio, ó sea la extension en general se funda la geometría; pero es de notar que esta idea por sí sola no basta para la ciencia. Son necesarias las de ser y no ser en cuanto entran en el principio de contradiccion; las de unidad y número para la medida; sin ellas no se puede dar un paso. La idea de extension en abstracto nos ofrece un campo inmenso, en que la ciencia no encuentra límites; pero campo estéril, si no se le fecunda con otra clase de nociones. La idea mas cercana á las sensaciones, es tambien la menos intelectual. El silencio, la muerte, la soledad, la inercia, la nada, no tienen expresion mas propia que la de un espacio vacío. (V. *Filosofía fundamental*, lib. IV, cap. V.)

Naturaleza de la idea y de la percepcion.

Las ideas pueden ser consideradas en su naturaleza propia, en sus relaciones mútuas ó con los objetos, y en su orígen.

La idea en sí misma, tomando esta palabra en su mayor generalidad, es la representacion interior de un objeto. Por representacion no entiendo aquí imá-

gen ó semejanza, sino el fenómeno interno que nos hace conocer la cosa. A ese fenómeno, sea lo que fuere, por cuyo medio conocemos, se le puede llamar representacion, porque presenta á nuestra inteligencia la cosa conocida.

Las afecciones de nuestra alma no son ideas sino en cuanto representan un objeto en la realidad ó en la apariencia; así es que no se llaman ideas los sentimientos ni los actos de la voluntad, porque aun cuando afecten de una manera particular á nuestra alma y la encaminen á un objeto, no se lo representan, sino que se lo suponen representado. La representacion de la justicia es una idea, mas no lo es el amor de la misma justicia; la representacion de un amigo es una idea, pero no lo es el sentimento de amistad que nos liga con él.

Si llamamos idea á toda afeccion representativa, podremos dar este nombre á las imágenes sensibles, mas para evitar las equivocaciones, será bueno añadir el adjetivo sensible, y así no se la confundirá con la pura ó intelectual, que es la que propiamente se llama idea

La representacion puede ser considerada con relacion al sujeto ó al objeto: en el primer caso se llama propiamente idea, en el segundo percepcion. Hay en mi interior la representacion del triángulo; si á este fenómeno interno le miro en cuanto me ofrece un objeto, que es el triángulo, le llamaré idea; pero si le considero en cuanto mi espíritu por medio de él conoce el triángulo, le llamaré percepcion.

Se ha disputado sobre si la idea es distinta del acto perceptivo, opinando algunos que estas dos cosas son una sola, presentada bajo dos aspectos diferentes; y creyendo otros que son distintas. Segun la primera opinion, no hay mas en el alma que el ejercicio de la actividad, y sus representaciones pueden compararse

á un movimiento, el cual no tiene ferma distinta de la accion; en el sistema opuesto, las ideas son una especie de cuadros que representan los objetos y las percepciones son los actos del alma con que mira, por decirlo así, aquellos retratos.

Ambas opiniones tienen en su apoyo argumentos graves; pero la primera parece mas filosófica, y la segunda mas acomodada á una explicacion vulgar.

La distincion entre el acto perceptivo y la idea no debe admitirse sin pruebas: el fenómeno de la representacion interna es simple, como que pertenece al órden intelectual; y por tanto los que afirman la identidad entre la percepcion y la idea están por decirlo así en posesion, y á sus adversarios les incumbe probar que esta posesion no es legítima. Hay ademas en las escuelas una máxima que parece tener aplicacion aqui: *frustra fit per plura quod fieri potest per pauciora;* no se debe pues distinguir sin necesidad. Veamos qué razones pueden señalarse en apoyo de semejante distincion.

La representacion es una imágen del objeto; la percepcion es un acto del alma con que se dá cuenta á sí propia de la representacion; estas dos cosas son diferentes por sí mismas, así como lo son el objeto presentado á nuestros ojos y el acto sensitivo con que le vemos.

Este argumento es especioso, pero flaquea por varias partes; en primer lugar es falso que la representacion sea siempre una imágen del objeto. Esto pudiera tener lugar en las representaciones sensibles, mas no en las puramente intelectuales. La palabra imágen tiene un sentido tratándose por ejemplo de la representacion de un edificio, de un pais, de un animal, de un hombre; pero ¿qué significa imágen de una relacion de un espacio de tiempo, del ente, de la sustancia, de lo simple y de otras cosas semejantes? Aun tra-

tándose de objetos sensibles es menester recordar que es inexacto el que su representacion sea una imágen propiamente dicha; ya hemos visto (*Estética*, cap. XI), que excepto la extension nada correspondia en lo exterior que pudiera referirse á la sensacion como original á la copia. Los colores no están en los objetos sino en los sujetos que los sienten; en aquellos no hay mas que el principio de causalidad física ú ocasional, para producir esa afeccion interna llamada sensacion de color,

Prescindiendo de la inexactitud con que se llama á las ideas imágenes de los objetos, y admitiendo que lo sean en realidad, no se infiere que la percepcion haya de ser distinta de la idea; ¿cómo se puede probar que el simple acto del alma no baste para representar al objeto como la copia al original? Si esto se verifica de una modificacion del alma que llamamos idea, ¿por qué no podremos admitir que esta modificacion es el mismo acto del alma?

La relacion de la idea al objeto y la de la percepcion al sujeto nada prueba en favor de la distincion: una misma cosa puede tener varios aspectos; el movimiento de mi brazo siendo uno mismo tiene relacion con el sujeto cuyo es y con el objeto á que se dirige. Si se replica que el ejercicio de la actividad es una cosa puramente subjetiva, y que la representacion es objetiva, observaré que se comete una peticion de principio: precisamente lo que se busca es si el acto puede ser representativo del objeto y de consiguiente si es puramente subjetivo ó no; argumentar que el acto perceptivo no es la idea, porque este acto es puramente subjetivo, es dar por supuesto lo mismo que se busca.

Ademas tampoco es exacto que la percepcion sea una cosa puramente subjetiva; aun cuando supongamos la idea distinta de la percepcion, siempre he-

mos de admitir que este acto se refiere á la idea, y hasta al mismo objeto; pues de otro modo no percibiriamos la cosa representada.

Los argumentos que se fundan en que el entendimiento es una especie de materia ó potencia que debe ser actuada por la idea como por una forma, ó suponen lo mismo que se busca, ó se fundan en comparaciones de objetos sensibles, las que no pueden probar nada perteneciendo á un órden tan diferente.

Una razon hay muy poderosa á primera vista, y es la que se funda en la separacion de las ideas y de las percepciones; héla aquí en breves palabras. La experiencia nos enseña que muchas veces teniendo idea de las cosas carecemos de su percepcion; nadie dirá que al dormir perdermos todas las ideas, ó que nos faltan cuando no las percibimos actualmente; y sin embargo es cierto que en no pensando en una idea no tenemos su percepcion, y que al dormir con sueño profundo no percibimos nada; luego las ideas permanecen desapareciendo la percepcion; luego la idea y la percepcion son cosas distintas, pues que hasta llegan á encontrarse separadas.

La primera solucion que ocurre á esta dificultad apremiadora, es la que ofrece el sistema de Descartes, Leibnitz y otros filósofos eminentes; esto es, que el alma siempre piensa, y que la diferencia entre sus diversos estados solo consiste en la mayor ó menor viveza de las percepcionas, y por consiguiente en la mayor ó menor capacidad de las mismas para dejar huella en la conciencia. Segun esto, podia responderse que mientras la idea se conserva, hay percepcion; aunque esta es á veces tan débil que no la advertimos ni podemos recordarla. Pero no quiero echar mano de esta solucion, ya porque el hecho en que se fundan es afirmado gratuitamente, ya porque entonces deberíamos admitir que tenemos simultá-

neamente y siempre, todas las percepciones, ya tambien porque no hay necesidad de semejante efugio cuando se puede encontrar una solucion cumplida.

El espíritu, despues de haber ejercido su actividad conserva cierta disposicion para volver á ejercerla en el mismo sentido; disposicion que si llega á estar arraigada y á facilitar notablemente el acto, se apellida hábito; esto se verifica en todas las afecciones de nuestra alma, sean ó no representativas. La experiencia enseña, que á mas de los hábitos intelectuales los hay tambien relativos al sentimiento y á la voluntad. Para tener la facilidad de sentir ó querer lo mismo que hemos sentido ó querido otras veces, no necesitamos conservar en el alma una especie de formas de sentimiento ó de voluntad de que echemos mano en cada ocasion, como de una especis de trajes que nos ponemos ó quitamos segun la oportunidad; basta que haya en nuestro espíritu eso que llamamos disposicion, hábito ó como se quiera, que nos hace fácil la repeticion de actos que habíamos ejercido otra vez. Aplíquese ésto mismo á las ideas, y resultará que no hay necesidad de mirarlas como una especie de tipos que conservemos en depósito á la manera de los cuadros de un museo, pues que el fenómeno de la desaparicion y reproducion de las representaciones se explica perfectamente con esa disposicion de repetir un acto que otras veces hemos ejercido. Tengo una representacion actual, esta desaparece: ¿qué resta en mi espíritu? la disposicion para repetirla; del mismo modo que si tengo un sentimiento y este desaparece. no queda en mi espíritu nada mas sino la disposicion para sentir de nuevo lo mismo que habia sentido otra vez.

Las ideas consideradas de este modo nada tienen de pasivo: son todo actividad; la idea en acto ó percibida, es el ejercicio de una actividad; la idea habitual es la disposicion á este ejercicio. Así pues, la idea es siempre, ó fuerza activa ó accion. (V. *Filosofia fundamental*, lib. IV, cap. IV.)

Clasificacion de las ideas.

La clasificacion de las ideas en cuanto puede servir á mejorar la percepcion, queda explicada en la *Lógica* (lib. II, cap. II). Pero la ideologia exige ulteriores aclaraciones de algunos puntos que allí se indicaron; y requiere ademas que se establezcan nuevas divisiones que en aquel lugar no habrian sido oportunas.

Idea simple es lo que representa una cosa simple, ó una sola nota de un objeto compuesto. Se la reconoce en que no se la puede descomponer en otras, y por consiguiente ni explicarla con varias palabras que contribuyan á formar un sentido total.

Entre las ideas sensibles es simple la del color, porque no se puede descomponer en otras; y por la misma razon lo es la de otra cualquiera sensacion considerada aisladamente. De todas se verifica que no es dable expresarlas con un conjunto de palabras que integren el significado. A quien carezca de un sentido es imposible darle idea de la sensacion correspondiente; todas las explicaciones del mundo no harian entender á un ciego de nacimiento lo que es el color, ni á un sordo lo que es el sonido,

Idea compuesta es la que representa un objeto compuesto, ó un conjunto de notas ó aspectos de uno simple. La idea de una figura humana es compuesta, porque expresa un objeto que lo es; sustancia inteligente y libre, es una idea compuesta, porque aunque esprese un objeto simple, lo presenta bajo dife-

que se forma no es de agregacion sino de abstraccion, como veremos en su lugar.

Ideas universales son las que expresan una cosa comun á muchos. Se dividen en determinadas é indeterminadas. Las determinadas encierran alguna propiedad que hace concebible la existencia del objeto; las indeterminadas expresan una razon general de los objetos, la cual no es bastante para hacernos concebible la existencia de los mismos. Estas definiciones se entenderán mejor con los ejemplos.

La idea de sér sensible es determinada, porque contiene una propiedad bajo la cual puedo concebir existente el objeto. La de sustancia es indeterminada, porque considerada aisladamente, no me hace concebible la existencia de ningun objeto. Si se me habla de una sustancia existente, preguntaré si es inteligente, si es sensitiva, si es viviente, ó al menos, si es corpórea ó incorpóra: necesito alguna de estas propiedades ú otras semejantes, para concebir realizada la sustancia. No me basta considerarla como una cosa permanente en general, ni como un sujeto de modificaciones, tambien en general; para concebir que lo permanente existe, necesito saber que lo permanente es algo con tal ó cual propiedad, aunque yo no la conozca; para concebir un sujeto de modificaciones como existente, necesito saber que las modificaciones son tales ó cuales determinadamente aunque me sean desconocidas: si esto me falta no conozco un objeto real ni posible, sino una razon general de una clase de objetos. (V. *Filosofia fundamental*, lib. IV, cap. XI, XV y XXI.)

El acto con que el alma dirige su atencion sobre sus propios fenómenos, se llama reflexion; y las ideas que de esto resultan se denominan reflejas. Todas las demas se apellidan directas. Pienso en la virtud, mi percepcion y la idea son indirectas; pero si pienso

en el mismo pensamiento sobre la virtud, la percepcion y la idea son reflejas.

Orígen de las ideas.

Se llaman ideas innatas las que no hemos adquirido, sino que se hallan en nuestro entendimiento, independientemente de todas las causas externas, exceptuando la primera que es Dios. Creen algunos que todas las ideas son adquiridas; otros opinan que todas son innatas; de suerte que, segun estos, pensar es recordar.

Mucho se ha disputado en pro y en contra, pero no corresponde á este lugar el dar cuenta de la variedad de opiniones; y así me limitaré á establecer la doctrina que me parece mas probable. Para mayor claridad la consignaré en proposiciones, de las cuales cada una se refiera á un órden de ideas.

Las representaciones sensibles no son innatas.

La experiencia enseña que en faltando un sentido faltan las sensaciones correspondientes á él; luego todas nos vienen de lo exterior. Decir que estas representaciones sensibles existian ya en nuestra alma, y que se excitan con la accion de los cuerpos sobre los órganos, es afirmar una cosa sin ninguna razon para apoyarla. Ademas, ¿quién nos hará creer que teníamos en nuestro interior la representacion de cuanto hemos visto, oido, tocado, olido y gustado? Estas aserciones, tan extrañas como gratuitas, son indignas de una filosofia juiciosa.

Las ideas intuitivas, sean sensibles ó intelectuales, no son innatas.

La intuicion supone la presencia de un objeto: este para nosotros, ó pertenece al mundo corpóreo, ó so-